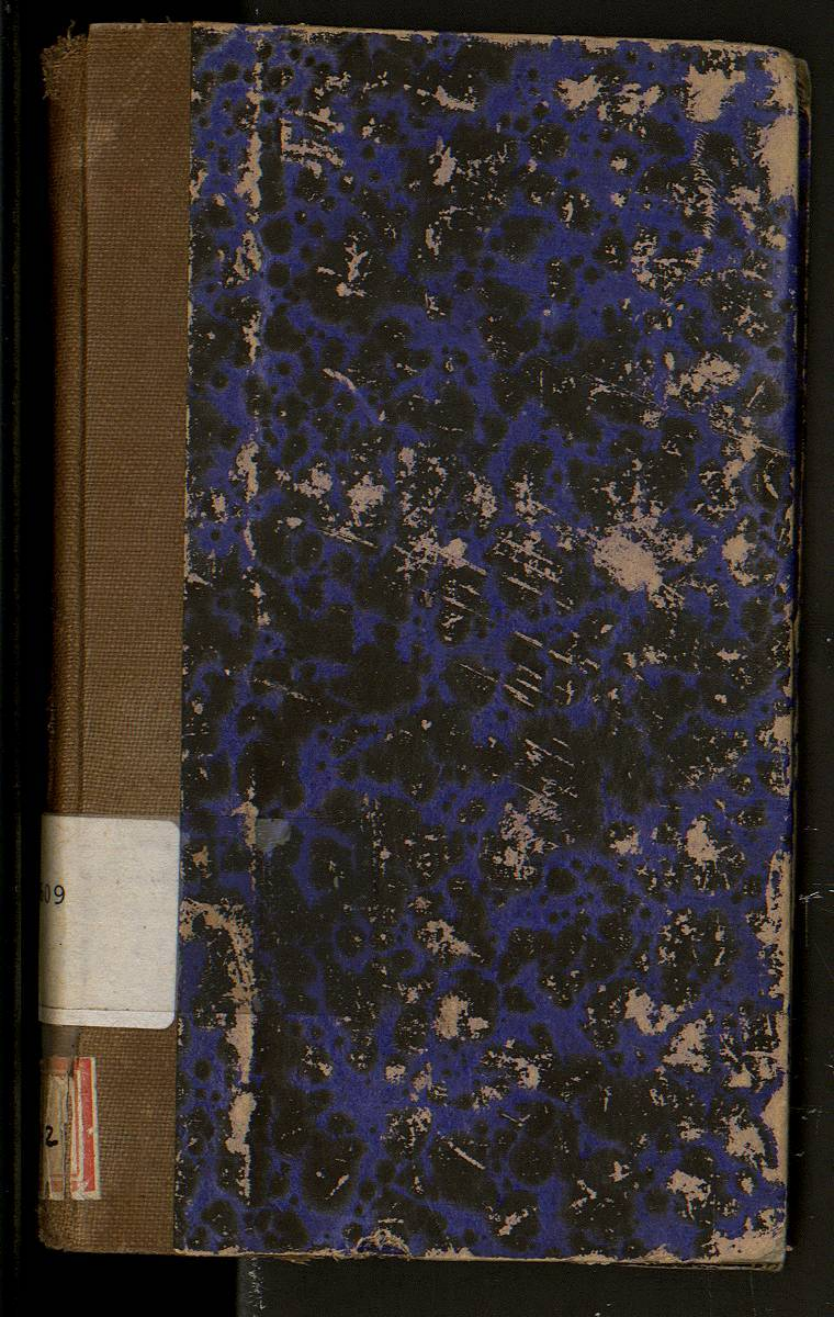


BT609
B3

003621

1080014902

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

LA HIJA

DE

NAZARETH.

Propiedad de los Editores.

Lit. Debray Sucs

LA

HIJA DE NAZARETH.

POEMA RELIGIOSO

DIVIDIDO EN DIEZ Y OCHO CANTOS,

Desde la Concepción de María Santísima hasta su Gloriosa Asunción.

CON LA SALUTACIÓN DEL AVE MARÍA

POR

DOÑA REFUGIO BARRAGÁN DE TOSCANO.

Con la correspondiente aprobación de la Autoridad eclesiástica,

Librería de Rafael Rodríguez Jiménez

VERACRUZ.

11. ZAMORA. 11.

1885.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

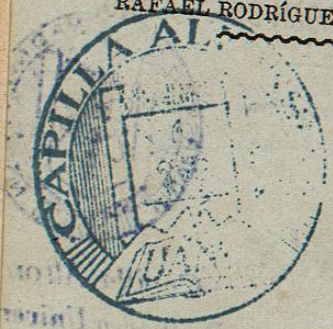
40737

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

BT 609
B3

RAFAEL RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, EDITOR.



Imp. del Hospicio.—Orizaba.

CENSURA Y APROBACIÓN

—DEL—

Gobierno Eclesiástico

DE

GUADALAJARA.

Guadalajara, 26 de Enero de 1880.—Pase el escrito que antecede á la censura del Sr. Canónigo don Florencio Parga. El Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo lo decretó y firmó. —*EL ARZOBISPO Jacinto López*, SRIO. —ILLMO. SR.—En cumplimiento de lo dispuesto por V. S. Illma. en su superior decreto de 26 del próximo pasado, he examinado la composición poética intitulada "LA HIJA DE NAZARETH," y no he hallado cosa que merezca especial censura, sino al contrario, es digna de elogio esa composición que revela los cristianos sentimientos de la autora, y su acendrado amor á la Vírgen Purísima, cuyas escelsas prerogativas canta

003521

algunas veces con verdadera inspiración con viril y elevado concepto. No hay, por lo mismo, inconveniente en que V. S. Illma. conceda la licencia que se le pide para la impresión del referido escrito; aunque ya se deja entender que como en las obras de ese género no todo està, ni quizá es posible que esté, rigorosamente ajustado á la verdad histórica, sinó que hay algo que es pura creación de la rica y fecunda imaginación del poeta, la licencia de V. S. Illma. sólo significarà que puede leerse ese bello poema sin ningun peligro de perversión.—Ese es mi parecer, que someto enteramente al más acertado juicio de V. S. Illma.—*Guadalajara, Febrero 16 de 1880.—ILLMO. y RMO. Sr. Florencio Parga.*—*Guadalajara, Febrero 17 de* 1880.—Puede imprimirse la composición poètica intitulada: "LA HIJA DE NAZAREHT," à que se refiere la censura que antecede, la cual, así como esta providencia, se publicará en la primera página. El Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo lo decretó y firmó.—*EL ARZOBISPO.—Jacinto López.*—SRIO.

DOS PALABRAS.

No seré yo, por cierto, quien imite la conducta de esos atrevidos pintores de aldea, que osan poner su mano sacrílega sobre los anticuados pero lindos cuadros de Cabrera, de Murillo, de Velázquez y el Ticiano, con el ridículo pretexto de *retocarlos, avivar* su empolvado colorido y darles *más valor*. Nó lejos de mí semejante profanación, al escribir estas dos palabras, que no puedo llamar prólogo, en la presente obra, sólo quiero tributar á su autora, la Sra. D.ª Refugio Barragán de Toscano, un pequeño home-

naje de gratitud por haberme honrrado con el inmerecido encargo de dar á la luz pública su bellísimo poema, al que modesta, pero significativamente, ha llamado „LA HIJA DE NAZARETH,„ encargándome que tuviera á bien escribir lo acostumbrado en toda publicación literaria.

Semejante tarea, digna sin duda de las arpas bíblicas de Carpio, de Pesado, Prieto ú otros poetas religiosos, es muy superior á mi escasísima capacidad. Además, ¿quién se fija en la humilde y derruida portada de un templo, cuando se sabe que en el interior se admiran dorados, estucos, preciosos arabescos, animadas pinturas, bellas imágenes y matizadas flores; se escuchan divinas armonías y se respira esa fragancia celestial de nuestras iglesias católicas?

Repito que no me juzgo capaz de conocer el mérito de la obra de la Sra. Barragán; pero la he leido, no una sinó repetidas veces, y he recordado con

placer esas escenas religiosas que en nuestra infancia penetran en el corazón y se fijan de tal manera, que no se borran jamás á pesar del indiferentismo y de las borrascosas mutaciones que han ido carcomiendo á nuestra gastada sociedad.

Me he visto trasportado como por encanto desde la modesta casa de NAZARETH, donde nació la Madre de Dios, hasta la árida cima del Gólgota, donde fué proclamada Madre y Protectora del género humano; he seguido con ahinco á la predestinada Vírgen en su misteriosa peregrinación por este valle de lágrimas, y en cada pasaje de su protentosa vida, que la modesta poetisa nos pinta con tan bellos colores y con ese sublime y varonil acento, propios de Chateaubriand, de Lamartine y de Zorrilla; en cada episodio de ese drama augusto de nuestra reden-

ción, he sentido en mi corazón el dedo omnipotente de Dios, que toca la fibra más delicada de mi existencia: ese sentimiento que no experimento con la lectura de otra clase de producciones religiosas, me hace creer que el poema de la Sra. Barragán vá á ser leido con avidez por todas las personas en quienes no se ha extinguido aún la luminosa antorcha de las creencias católicas. Tal consideración me ha hecho decidir á publicar la repetida obra, esperando que el público sensato, justo apreciador de ella y del mérito y las circunstancias de la modesta poetisa Sra. Barragán, nuestra compatriota, aceptará con agrado á "LA HIJA DE NAZARETH" y procurará su mayor propagación.

J. M. Fuentes.

DEDICATORIA.

A mi querida mamá,

La Sra. Doña Francisca C. de Barragán.

MAMÁ:

¿A quién mejor que á V. podré dirijir estos humildes y pequeños cantos? A V. que desde la cuna ha guiado mis pasos por el sendero de la virtud, y con sus palabras y ejemplo me ha enseñado á amar á ese *SUBLIME MODELO DE MADRES, A ESA MISTERIOSA FLOR, ABIERTA EN EL HUMILDE PUEBLO DE NAZARETH.* A V. consagro estas horas destinadas á engrandecer la belleza y las virtudes de *MARÍA*, en honor y gloria de su Santísimo Hijo. Este ha sido mi objeto; pero la humildad de mi pluma no ha bastado ni bastará para llenar mis aspiraciones: es ella demasiado oscura para ser digna de escribir el divino nombre de *MARÍA.*

Su hija,

Refugio Barragán de Toscano.

INVOCACIÓN.

I.

Madre del Hacedor, dále un momento
Rayos de inspiración al alma mía,
Préstame la dulzura del acento,
Y la tierna expresión de la armonía.
Quiero ensalzarte á tí, y al firmamento
Hacer llegar mi humilde melodía,
Quiero cantarte á tí, lumbrera hermosa,
Blanca azucena, delicada rosa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

II.

Preciosa sensitiva de los prados,
Fuente de aguas tan puras como bellas,
Graciosa flor de pétalos dorados,
Ave que nunca levantó querellas;
Son tus cabellos de oro matizados,
Y diadema te forman las estrellas,
A tus plantas la luna opaca gira,
Y el sol sin brillo junto á tí se mira.

III.

Tienes la candidez de la azucena,
La pureza del lirio matutino,
La casta sencillez de la verbena,
La majestad y el esplendor del pino;
Como la palma en la desierta arena,
Sombra prestas al hombre en su camino,
Porque tu pecho, manantial de amores,
Encierra la ternura de las flores.

IV.

Tú como el íris quitas la tormenta
Que pesa siempre en el vivir del hombre
Cuando la fé su corazón alienta
Para invocar tu sacrosanto nombre:
Si el mar pequeño junto á tí se ostenta,
¡Quién habrá que al mirarte no se asombre!
Torno te forman las carmíneas nubes,
De repisa te sirven los querubes.

V.

Graciosa Esthér que con su real belleza
Perdón para su pueblo halló en Asuero!
¡Fuerte Judit cortando la cabeza
Del que á Betulia se acercó altanero!
La prudente Abigail con su destreza
Salvó á Naval del vengativo acero;
Mas tú en gracias y luz, astro fecundo,
De las tinieblas arrancaste al mundo.

VI.

Tú eres aquella tímida paloma
Que anunció paz con la florida rama;
Eres la aurora celestial que asoma
Y sobre el globo su fulgor derrama.
¡María! silba el viento de la loma
Y el Océano que entre conchas brama,
¡María! canta el ruiseñor ardiente
Y ¡María! murmura la vertiente.

VII.

Poderosa Señora, si confiada
Te doy los cantos de mi amor sincero,
Es porque fio en tu bondad sagrada,
Y en mi favor tu protección espero.
¡Fuente de inspiración, flor perfumada,
Un sólo rayo de tu ciencia quiero!
¡Ven y mí pobre pensamiento inspira,
Cadencia dando á mi empolvada lira!
. . . . . .

VIII.

Cesen auras los tímidos rumores
Que dejais escuchar en los jardines,
Jugando entre las hojas y las flores
Y saltando en los verdes colorines;
Callad un rato, alegres ruiseñores,
Alondras y mulatos y verdines;
Silencio dad á vuestra eterna orjía
Y escucchareis la historia de María.

———

CANTO I.

LA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

IX.

Cuando Adán y Eva en el paraiso un día
El precepto del árbol quebrantaron,
Viendo la magnitud de su osadía,
Se cubrieron confusos y lloraron.
Suspendieron las aves su armonía,
Y los lirios su cáliz inclinaron,
Gimieron los arroyos y las fuentes
Ocultando sus ondas trasparentes.

X.

Aquel jardin poco antes tan risueño
Que formara la cuna de los seres;
Aquel cuadro de vida de un sueño
Vino al mundo entre angélicos placeres;
De su pecado con el duro ceño,
Mostraba los horribles padeceres,
Del que llora infeliz un bién perdido,
Cuyo precio muy tarde ha conocido.

XI.

Mas la clemencia del Señor no tarda,
Grande, cual grande fuera su justicia:
"Aguarda, dice al hombre, aguarda, aguarda
"Tu hora de salvación, hora propicia.
"Una mujer purísima y gallarda,
"Cual los lirios que el céfiro acaricia,
"Hollando la cerviz de la serpiente,
"Rescatará al culpable delincuente."

XII.

Al escuchar promesa tan divina
Tiembla Luzbel en el abismo inmundo,
Alegre el ave en el follaja trina
Y se estremece de placer el mundo,
Allá del cielo, tras la azul cortina
Canta el querube con amor profundo,
Ensalzando de Dios la omnipotencia,
La bondad, la justicia y la clemencia.

XIII.

¿Quién es esa mujer tan poderosa?
Quién es esa doncella esclarecida
Que hollará con su planta vigorosa
De Satán la cabeza envilecida;
¿Quién es esa criatura prodigiosa,
Por el Dios de los cielos escogida,
Más fuerte que Judit, y cuyas huellas
Grabarán en las nubes las estrellas?

XIV.

Es María, la esposa sin mancilla:
La inmaculada Madre del Eterno,
La Hija de Dios purísima y sencilla.
Escogida por Él desde Ab-Eterno.
Es del cielo asombrosa maravilla,
Gozo del orbe, espanto del infierno;
Segurísimo puerto para el hombre,
Será su dulce y melodioso nombre.

XV.

Jehová medita la graciosa hechura
Del portento más grande de sus manos;
Y hace venir al mundo una criatura
Que realice del cielo los arcanos.
Complacido se arroba en la hermosura
De la que ha de salvar á los humanos,
Y que une á la humildad más eminente
La grandeza de un Dios Omnipotente.

XVI.

Gallarda y rubia cual la blanca espiga,
Bella como las rosas de Bengala,
Un tesoro de amor en su alma abriga,
Cuyo perfume ni el clavel iguala:
¿Qué pedirá al Señor que no consiga,
La que es del cielo misteriosa escala,
La que traerá la oliva de la gracia
Para salvar al mundo en su desgracia?

XVII.

Allá en su Concepción sublime y santa,
La Trinidad, divina por esencia,
Al par que dá á su cuerpo gracia tanta,
Se complace en dotar su inteligencia,
Besa la luna su graciosa planta,
Coronan las estrellas su inocencia,
Forman su pedestal las blancas nubes
Y adornan su grandeza los querubes.

XVIII.

En vano de Satán la saña fiera
Intentara manchar su casta frente,
Que nunca esclava del pecado fuera
La agraciada del Dios Omnipotente:
Su rabia oculta la feroz pantera
Porque humillada á su pesar se siente,
Ante el poder coloso de una niña,
Tierna como el rosal de la campiña.

XIX.

"Vé, la dice el Señor, baja á la tierra,
"Tú de mi corazón hija mimada;
"Lo más grande y precioso que ella encierra,
"Polvo y nada será junto á mi amada:
"Vencerás á Satán en cruda guerra,
"Porque tu nombre cual terrible espada
"Herirá sin cesar la frente impura
"Del que á su Dios se rebeló en la altura.

XX.

"Vé, mi amiga preciosa, hija de mi alma,
"Azucena escogida entre mil flores,
"Para turbar tu venturosa calma
"Te aguardan en el suelo mil dolores;
"Mas tú resistirás, como la palma,
"Los empujes del viento bramadores;
"Llorarás sola tu terrible suerte,
"Y llamada serás la mujer fuerte.

XXI.

"Vé, la hija humilde de Joaquín y Ana,
"A Nazareth, tu patria prometida,
"Y cuya luz envidiará mañana,
"La luz de tus pupilas desprendida.
"Vé del orbe la ilustre Soberana,
"Lleva á tus hijos la salud y vida,
"Sal del arca paloma arrulladora,
"Mensajera de Dios, brillante aurora.

XXII.

"Con perlas y zafiros, y topacios,
"Se escribirá tu nombre acá en el cielo,
"Con ráfagas de luz en los espacios,
"Con rosas y perfumes en el suelo;
"Te quemarán incienso en los palacios
"Y en las cabañas con humilde anhelo
"Te ofrecerán coronas á millares,
"Y conchas para tí tendrán los mares.»

XXIII.

Calló Jehová y en armonioso coro,
Angeles á millares descendieron,
Y con sus alas relucientes de oro,
La humilde casa de Joaquín cubrieron.
Para ser padre de tan gran tesoro
Ana y Joaquín los escogidos fueron:
Descendientes los dos de ilustres reyes,
Esclavos de su Dios y de sus leyes.

CANTO II.

NACIMIENTO DE MARÍA.

XXIV.

En el confín remoto de la tierra
Cual frágil planta el hombre se encontraba,
De sus pasiones en eterna guerra
Su Edén perdido con dolor lloraba.
La ronca voz de la conciencia aterra,
Y terrible y severa le acusaba
De haber perdido su gloriosa herencia
Por querer ser cual la Divina Esencia.

XXV.

Más de cuarenta siglos trascurrieron
Desde el drama fatal del paraiso,
En el que nuestros padres delinquieron
Y una promesa su Criador les hizo:
Por ambición y orgullo se perdieron,
Y Dios con humildad salvarlos quiso,
Uniendo á la justicia la clemencia
Al castigar su triste inobediencia.

XXVI.

Herodes, hijo de Antipatro llega
A dominar á la nación judía,
Que cual bandada de aves se replega
Bajo el mismo dogal que le oprimía.
Poder tirano que la sangre riega
Y anunció de Jacob la profecía,
Y que era la señal más evidente
De hallarse cerca el Dios Omnipotente.

XXVII.

Predicho estaba que el Cordero puro
Del tronco de David descendería;
Y que el hijo de Dios, pobre y oscuro,
En una humilde gruta nacería.
El tiempo estaba cerca: el suelo impuro,
El signo de la cruz pronto vería,
Sobre muros, almenas y torreones,
Dominar pueblos, reinos y naciones.

XXVIII.

De Nazareth, en el precioso suelo,
Ana y Joaquín, sin esplendor alguno,
Cual dos encinas que respeta el hielo
Y el leñador no tala inoportuno,
Pasaban la existencia, bajo un cielo
Sereno y dulce como no hay ninguno,
Devorando en silencio la amargura
Que turbara sus horas de ventura.

XXIX.

Ana era estéril y en afán prolijo,
Vertiendo siempre inconsolable llanto,
A Dios pedía en su vejez un hijo,
Que templara su amargo desencanto:
El pensamiento de su oprobio fijo
Allá en su corazón, mortal quebranto
De tristeza y dolor alzaba en su alma,
Y no encontraba en sus hogares calma.

XXX.

Eran ancianos ya cuando una tarde,
De los sueños fantásticos á la hora,
Hora en que tibio el sol apenas arde,
Y en blanca lumbre las montañas dora:
Un ángel bello con celeste alarde
Llega al anciano que el Señor adora
Bajo las altas bóvedas del Templo,
Dando á los hombres de piedad ejemplo.

XXXI.

"Joaquín, le dice, el cielo te depara
"Placer hermoso, para tí sin nombre,
"Tendrás una hija de hermosura rara
"Y que de casta llevará el renombre.
"El timbre de su voz sonora y clara
"Hará que el orbe estático se asombre:
"Será de tu vejez dulce alegría
"Y le darás el nombre de María."

XXXII.

Era á principios del famoso año,
Año civil del código judio,
Se quemaba la sangre del rebaño,
Soplaba el viento del Otoño frio;
Delgadas nubes con rumor extraño
Anunciaban la caida del Estío,
Y cual poblado que la niebla encubre,
Dejaba ver sus galas el Octubre.

XXXIII.

Cuando la Virgen ya predestinada
Para lavar la mancha del pecado,
Nació sin hallar cuna recamada,
Sin tener régio pabellon dorado:
Ella no fué cual reina saludada,
Ni púrpura costosa ni brocado
Adornaron el cuerpo de la niña.
Pura como el rosal de la campiña.

XXXIV.

Embelesados vieron Joaquín y Ana
Aquel precioso y virginal capullo,
Que encina secular diera mañana
Al hombre abrigo y al torcaz arrullo
El cielo, de su ilnstre Soberana
Vió el nacimiento con placer y orgullo;
El pueblo de Israel sólo vió en ella
Una niña gentil cual otras bella.

XXXV.

Pasados habian veinticuatro soles
Desde su glorioso nacimiento,
Se cruzaban las nubes tornasoles
En la cortina azul del firmamento,
Se alzaban en botón los girasoles
Impregnando los campos con su aliento,
Cuando Ana, de tal dón agradecida,
A Dios de su hija consagró la vida.

CANTO III.

LA PRESENTACIÓN.

XXXVI.

Sus primitivos años infantiles,
A inocentes placeres entregada,
Pasó María entre caricias miles,
De su padre en la casa venerada.
Pero al cumplir tres plácidos abriles
Viendo temprano su razón formada,
Con tristeza sus padres recordaron
Que muy péqueña á Dios la consagraron.

XXXVII.

Las encrespadas ondas de los rios
Se arrastraban mugiendo por el suelo,
Y al imperioso influjo de los frios
Las montañas llenábanse de hielo:
En las lomas, cañadas y bajíos
Tendía Otoño su risueño velo;
Cuando llevando á su Hija una mañana
A Nazareth dejaron Joaquín y Ana.

XXXVIII.

Bajando las pendientes del Carmelo,
Llegaron á la fértil Palestina,
De allí á la Syria de fecundo suelo,
De altos madroños, de gigante encina.
Vieron los campos de sereno cielo,
Al pié de una verdísima colina,
Do evitando reyertas y contiendas
Alzó la tribu de Issachar sus tiendas.

XXXIX.

Poco después se presentó á sus ojos
La austera capital de Judea,
Del sol radiante á los fulgores rojos
Como una masa que á la luz blanquea,
En alfombras de rosas y de hinojos
La frente pura de Salem ondea,
Bella como vestal de antigua Roma,
Envuelta en nubes de costoso aroma.

XL.

Al fin los caminantes penetraron
En una casa de exterior modesto;
Siete dias allí se prepararon
La ley cumpliendo del Antiguo Texto,
Resignados después se encaminaron
Al bello templo, de perfumes tiesto,
A ofrecer la paloma sin mancilla,
De virtudes y gracias maravilla.

XLI.

Era aquel templo orgullo del Oriente,
Rica perla que todo lo reasume;
Allí se hallaba el oro reluciente
De Ofir llamado, de Sabá el perfume.
Y del Líbano el cedro floreciente,
Y el cobre que en la Tiro se consume,
Blanco mármol, topacios y diamantes,
Záfiros, margaritas y brillantes.

XLII.

Ya declinaba en el ocaso el día,
En filigrana se pintaba el cielo,
Cuando del Templo en la mansión sombría
La paloma de amor tendió su vuelo.
Dejó á su corazón, dejó á María,
A la hija pura de su amante anhelo;
Y tornó sola á sus hogares Ana,
Cual otro tiempo la mujer de Elcana.

CANTO IV.

MARÍA EN EL TEMPLO.

XLIII.

La educación más fina y esmerada
Que á las mujeres dárseles podía,
Alla en aquella época pasada,
Allí en el Templo recibió María.
Al despuntar el alba sonrosada,
Con su manto de luz y pedrería,
Se levantaba por huir del sueño,
Y saludar al que de todo es dueño.

XLIV.

Era su vida recogida y pura,
Cual la violeta tímida que crece
De su follaje oculta en la espesura
Porque el beso del aura la estremece;
Era tán imponente su hermosura
Como la de la palma que se mece:
Mudos quedaban los mundanos ojos
Ante la rosa de sus labios rojos.

XLV.

Sencilla y casta en sus adornos Ella
Jamás llevó ni brazeletes de oro:
Seguían siempre su divina huella
La humildad, la pureza y el decoro;
Sobre su frente alabastrina y bella
Derramaba la ciencia su tesoro;
Su trabajo era diario y continuado,
Siendo el mejor de todos su bordado.

XLVI.

Ejercitando la virtud de su alma
De amor divino y tierno se nutría
Sin que turbara su inocente calma
De las ciudades la ruidosa orgía:
Nunca su pecho borrascoso alarma
Con tiránicas redes envolvía:
Del pobre amante le buscaba ansiosa
Como busca la luz la mariposa.

XLVII.

Así nueve años resbaló su vida,
Dentro de aquella expléndida morada,
Como barca en las ondas adormida,
Por las brisas del mar acariciada;
Mas en su frente estaba suspendida,
Pronta á turbar su calma inalterada,
La nube del dolor, dolor primero,
Que hirió su pecho cual terrible acero.

XLVIII.

Cayó Joaquín enfermo y con empeño
Quiso que su hija á sus hogares fuera,
Para antes de dormir eterno sueño
Darle su tierna bendición postrera.
Su triste rostro se tornó en risueño
Al tocar de Miriam la cabellera,
Porque Dios le hizo ver en su agonía
Que el Redentor, de su hija nacería.

XLIX.

Murió el anciano: derramó su llanto,
Llanto vertido con dolor profundo:
Poco tiempo después mortal quebranto
A la pobre Ana arrebató del mundo;
Vió su orfandad entonces con espanto,
Mas no el destino lamentó iracundo,
Alabó del Señor la mano pura
Y le ofreció con voto su hermosura.

L.

Voto primero, cuya voz aterra
Las cóncavas regiones del abismo,
Que conmovida recogió la tierra
Y que llenó de asombro al cielo mismo.
El blanco lirio que sus hojas cierra,
Con dulce y religioso misticismo,
Al despuntar el sol, tierno consume
Del casto voto el celestial perfume.

CANTO V.

MATRIMONIO DE MARÍA.

LI.

Al cumplir los quince años de su vida
Desposarla pensaron sus tutores,
Desoyendo su súplica sentida
De en el templo morir de sus mayores.
Con voluntad suprema y decidida
Resolvieron su enlace sin temores,
Pues segun las antiguas profecías
La venida esperaban del Mesías.

LII.

Para este fin buscaron con esmero
Un varón digno de su real belleza,
Y en José se fijaron, el primero
En santidad, modales y pureza.
Era este hombre un anciano carpintero
A la Vígen igual por su nobleza;
Empero el sacerdote desconfiado
Quiso que Dios mostrase al señalado.

LIII.

Jóvenes mil sus varas depusieron
En el sagrado templo, y otro día,
Cuando las varas á tomar volvieron,
La vara de José flores tenía,
Los sacerdotes con delicia vieron
La señal cierta con que Dios quería
Manifestar su aprobación suprema
De unas flores esplendente emblema.

LIV.

De gozo llenos á la Vírgen luego
La elección anuuciaron del esposo.
Pero aquella alma pura más que el fuego
Ni así perdió su celestial reposo:
Contestó con dulzura y con sosiego,
Llavada de su instinto cariñoso,
Manifestando voluntad sumisa
En su voz, su mirar y su sonrisa.

LV.

¡Quién no admira en ese ángel la pureza
Que allí educado con tan fino esmero,
Su juventud, su gracia y su belleza
Consagrase á un humilde carpintero?
¡Ay! en efecto, en vez de la pobreza
Que acibaró su corazón sincero,
Pudo ceñir espléndidas guirnaldas,
Diademas de amatistas y esmeraldas.

LVI.

Poco tiempo después, segun la moda
Batiendo palmas y cantando amores,
De ambos esposos la familia toda,
Unida como alegres ruiseñores,
De la hija de Joaquín la humilde boda
Celebraba con votos y con flores,
Cuando estos regocijos concluyeron
José y Miriam á Nazareth partieron.

LVII.

María recordaba á cada paso
El precioso camino que años antes,
Bajo la ardiente luz de un cielo raso
Admiraban sus padres palpitantes:
Entonces, cuando el sol en el ocaso
Sus rayos sepultaba agonizantes,
Se apoyaba infantil y alborozada
En el regazo de su madre amada.

LVIII.

Dejóse ver al cabo la techumbre
De la casa paterna de María,
Envuelta con la roja y clara lumbre
Del sol abrasador del medio día;
Se encontraba á la falda de una cumbre,
Y se paró á mirar con alegría
La que guardaba ¡dichosa estancia!
De sus primeros pasos la fragancia.

LIX.

Sus ojos se extasiaron contemplando
Los bellos sitios que admiró de niña,
Las mariposas que iban aleteando
Por el soto, el collado y la campiña,
Al jugar con sus rizos soplo blando,
Que murmuraba en la frondosa viña
Saludó á Nazareth, precioso nido,
Jarrón de flores que agració el Ungido.

LX.

Su corazón llenóse de contento
Al divisar sus altos terebintos,
Donde silbaba el apacible viento
Perfumado por pálidos jacintos;
Al oír de las aves el concento,
Que en trinos cadenciosos y distintos,
Alzaban entre bosques de arreyanes,
De granados y blancos tulipanes.

CANTO VI.

LA ANUNCIACIÓN.

LXI.

De Nazareth en la ciudad apenas
Se estableció la casta desposada,
Cuando la vida pobre con sus penas
Se presentó de un golpe á su mirada.
Semejante á las blancas azucenas,
Que ven tranquilas la tormenta airada,
Ella tendió su vista sin espanto
Á aquella vida de miseria y llanto.

LXII.

Humilde como el lirio de los prados
El agua de la fuente recogía
Cuando el sol con sus rayos sonrosados
Los picos de los montes reteñía.
Ocupada en trabajos muy pesados
Cual su estado pobrísimo quería,
Recuerdos del pasado no evocaba,
Ni en la mañana de dolor pensaba.

LXIII.

Cuando al caer la tarde su faena
Terminaba su esposo fatigado,
Le preparaba de ternura llena
Un pobre pan, mas limpio y sazonado:
Y así pasando su vivir serena
Como el dormido arroyo perfumado,
Con dulce, blando y sosegado anhelo,
Su pensamiento remontaba al cielo.

LXIV.

Era una tarde diáfana y brillante,
Tarde de inspiración, tarde de amores,
El tibio sol en la montaña errante
Deramaba sus últimos fulgores;
Entre el follaje del sauz gigante
Cantaban los alegres ruiseñores,
Y saltando la brisa entre los tilos
Besaba de la adelfa los pistilos

LXV.

Serpenteaba el arroyo cristalino
Desgajado en las peñas cenicientas
Y el suave viento con murmurio fino
Jugaba en las higueras corpulentas;
En el rosado cielo purpurino
Nubes de plata se arrastraban lentas,
Y en la arena rodaban perezosas
Del ancho mar las ondas espumosas.

LXVI.

Miriam entónces silenciosa y sola
En su aposento de oración se hallaba
Circundada de mística aureola,
Que su belleza cándida realzaba;
Rosa de blanca y celestial corola,
El perfume de su alma derramaba,
Pidiendo con amor santo, profundo,
Al Dios de Abraham, la redención del mundo

LXVII.

"Señor, Señor de cuya mano santa
"Se derraman las gracias á millares:
"Tú que le das olores á la planta,
"Fruto al arbusto, conchas á los mares,
"Tú que pones la voz en la garganta
"De la mirla que arrulla entre azares,
"Acuérdate del hombre delincuente,
"Que no osa al cielo levantar la frente.

LXVIII

"Mira sus penas, su miseria mira,
"Y ten piedad del infeliz proscrito,
"Que lejos de su patria vé y suspira,
"La horrenda mancha de su gran delito.
"Salva al que solo compasión inspira,
"Por no gozar de tí bien infinito:
"Acuérdate del hombre delincuente,
"Que no osa al cielo levantar la frente.

LXIX.

"Vuélvele tu amistad si no la gracia
"Que en el Edén le diste como herencia
"Cuando el mirto, la prímula y la acacia
"Formaban pedestal á su inocencia;
"Hoy que léjos de tí vé en su desgracia
"El fruto de su triste inobediencia:
"Acuérdate del hombre delincuente,
"Que no osa al cielo levantar la frente.

LXX.

"Acuèrdate de Sión, vuelve tus ojos,
"Vuelve tu rostro à la infeliz Solima,
"Si causó tus justísimos enojos,
"Hoy cual la yedra al olmo, à tí se arrima;
"Vuélvele generoso tu alta estima;
"Que se troquen en flores sus abrojos:
"Acuérdate del hombre delincuente,
"Que no osa al cielo levantar la frente.

LXXI.

"Acuérdate del hijo que sin tino
"Osó rasgar de su inocencia el velo;
"Cúmplase tu promesa, abre el camino
"Que al fin lo debe conducir al cielo."
Cayó Miriam y en éxtasis divino,
Bajó sus ojos húmedos al suelo;
Sus manos sobre el pecho se cruzaron
Y en sus ojos dos lágrimas brillaron.
.....

003521

LXXII.

Jehová esa misma tarde "Ve, le dijo
'Al Arcàngel Gabriel, desciende al suelo,
'"Y á la hija de Joaquín auuncia un hijo
'Que irá á su seno desde el alto cielo.
'Dila que mucho al contemplar me aflijo
"De la raza de Adán el triste duelo,
"Y que ella es la escogida y agraciada
"Para servir al Verbo de morada."

LXXIII.

En una nube de luciente gasa
Parte Gabriel, el ángel mensagero,
Doncel hermoso que doquier que pasa
Del sol ofusca el tibio reverbero.
La humilde yedrecilla, que se enlaza
Al tronco del altivo cocotero,
Tiende sus hojas y se mece al aire
Al ver del ángel el gentil donaire.

LXXIV.

Vela sus formas blanca vestidura,
Y cayendo en cascada su cabello,
Cubre cual oro que á la luz fulgura
Sus blancos hombros y nevado cuello.
Un ancho fajo deslumbrante y bello.
Sujetando el ropaje á la cintura,
Deja ver le riquísima sandalia
De un pié que besa la arrojante dahalia.

LXXV.

En los brazos del bello adolccente
Brillan las margaritas y diamantes,
Y en la rica guirnalda de su frente
Las perlas y los ópalos brillantes:
Ya en los blancos celajes de occidente
Oculta el sol sus rayos palpitantes,
Cuando el divino embajador del cielo
Plega sus alas suspendiendo el vuelo.

LXXVI.

Se acerca á la humildísima doncella,
A la hija de Joaquín, pura y sencilla
Que como blanca y rutilante estrella,
Con el tesoro de sus gracias brilla:
Absorto queda ante la niña bella:
Baja la frente, dobla la rodilla,
Y no osa con el timbre de su acento
Turbar su religioso arrobamiento,

LXXVII.

Arrodillado con silencio santo
El ángel del Señor permanecía,
Y una nube blanquísima entre tanto
En el humilde techo se cernía;
Al fin le dijo con celeste encanto:
"Dios te salve, bellísima María,
"Porque llena de gracia sólo tú eres,
"Y bendita entre todas las mujeres."

LXXVIII.

Mas al verla turbarse añadió luego,
Con acento tranquilo y reposado:
"Nada temas, recobra tu sosiego,
"Sombra te hará el Señor de lo criado;
"Enviará sobre tí su casto fuego,
"Te lavarás la mancha del pecado,
"Quebrantará las sombras del abismo,
"Porque serás la madre del Dios mismo."

LXXIX.

"Ya tu prima Isabel su oprobio lava,
"Pues tiene un hijo en su vejez extrema."
Miriam sus ojos en el cielo clava,
Y al ángel dice, de obediencia emblema:
"Aquí está del Señor la humilde esclava.
"Hágase en mí su voluntad suprema."
A esa voz, á ese acento, á esa armonía,
Bajó el increado al seno de María.

CANTO VII.

LA VICITACIÓN.

LXXX.

Después que el mensajero del Eterno
Voló otra vez á la mansión divina,
Haciendo estremecer al negro infierno
Con su voz deliciosa y argentina;
La esposa de José con gozo tierno,
Pués siempre al bién su corazón se inclina
Pensó llevar á Elizabet consuelos
Y prodigarla todos sus desvelos.

LXXXI.

Y así de acuerdo con su esposo amante
Departiendo miradas cariñosas,
A la ciudad de Ain partió anhelante
En la estación de las brillantes rosas.
Se escuchaba del viento el silvo errante
Y el eco de las aves canorosas,
Y el murmurio del agua siempre blando
Que en arenas de plata va rodando.

LXXXII.

Las selváticas flores á porfía.
Perfumaban las grietas y gargantas,
Que bordaban la senda de María,
Besando al paso sus divinas plantas.
Al terminar por fin el quinto dia,
De aquel viaje hecho en ilusiones santas,
Llega á la casa de su real parienta,
Que á recibirla ufana se presenta.

LXXXIII.

Miriam le dice con alegre acento,
"La paz, Elizabet, contigo sea,"
Pero ésta retrocede, y al momento
Dobla la frente que la dicha orea:
Siente que su hijo salta de contento,
A la voz de la Vírgen de Judea,
E inspirada por Dios le dice: "tú eres
La escogida entre todas las mujeres."

LXXXIV.

"¿Y de dónde recibo la ventura
"De que á mí llegue el que los cielos viste?
"¡Oh bienaventurada, porque pura
"Al mensagero del Señor creiste!"
La doncella de Sión dulce murmura,
No siendo su mirada ya tan triste,
"Gloria, Gloria al Señor del firmamento,
"Mi espíritu se llena de contento.

LXXXV.

"Al contemplar su liberal grandeza,
"Pues puso en mí su celestial mirada,
"Sin atender de mi alma la pobreza,
"Indigna de servirla de morada.
"La nación que termina y la que empieza
"Me llamarán "bienaventurada"
"La mujer, el anciano, el niño, el hombre
"Siempre en sus lábios llevaràn mi nombre.

LXXXVI.

"Pues ha obrado en mi sér prodigios tantos
"El Soberano Dios Omnipotente,
"Cuyo nombre es el Santo de los Santos,
"Y eterno vivirá de gente en gente.
"Las vírgenes de Sión alzaron cantos,
"Y el orgulloso doblegó la frente
"Al extender su mano poderosa
"Que dá vida al insecto y á la rosa.

LXXXVII.

"Se vió al rico sumido en la indigencia,
"Y el mendigo cercado de explendores,
"El humilde ensalzó su real clemencia
"Y lloró el poderoso sus honores:
"De Israel exaltó la descendencia,
"Cumpliendo su palabra á mis mayores,
"Abraham, Isaac, Jacob, que en otros días
"La promesa escucharon del Mesías.

CANTO VIII.

LA VUELTA DE HEBRÓN.

LXXXVIII.

En el centro de un valle matizado,
De la ciudad de Ain poco distante,
Se alzaba como lirio perfumado
Una casa de campo deslumbrante;
La acariciaba el sol enamorado,
Y el blando soplo de la brisa errante:
Era de Elizabet, allí vivía,
Y allí tres meses habitó María.

LXXXIX.

En las templadas horas de la noche,
Sentada al pié de secular higuera,
Escuchaba el dulcísimo reproche
De las ondas que bañan la pradera;
Miraba abrirse el delicado broche
Del verde musgo en la mullida estera,
Y á la luna en su carro de topacio
Alumbrando cabañas y palacios.

XC.

¡Cuàn grande allí se presentó á sus ojos
La mano de aquel Sér Omnipotente,
Que dá perfumes á los claveles rojos,
Y dice al huracán: "brama y detente!"
¡El humilde junquillo y los hinojos,
El riachuelo, la ondina y el torrente,
El alto cedro y la opulenta palma...,!
Todo llenaba de ternura su alma.

XCI.

Allí miraba despuntar el día
Cargado de perfumes y rumores,
Con sus brisas, sus auras, su armonía,
Sus pájaros, sus frutas y sus flores:
Allí junto al arroyo que gemía
Contemplaba los vívidos fulgores
De millones de estrellas que á lo lejos,
Dan al mundo sus pálidos reflejos.

CANTO IX.

NACIMIENTO DEL MESÍAS.

XCII.

Allá entre tanto que el imperio impío
Sus águilas llevaba por el mundo,
Mostrando su soberbio poderío,
Comprando protección á precio inmundo:
La populosa Roma en su desvío,
Ostentando su lujo sin segundo,
De la triste pereza entre los brazos
Se adornaba de cintas y de lazos.

XCIII.

Cumplíanse las sacras profecías,
Y aquel poder de la opulenta Roma
Era señal bién cierta que el Mesías
Cual sol llegaba que en Oriente asoma.
Una helada mañana, de esos dias
En que calla y tirita la paloma,
Mañana de Diciembre en que la escarcha
Detiene á los viajeros en su marcha.

XCIV.

José y su esposa con semblante ufano
Á Belén de Judá se dirigian,
Pues por orden del Cesar soberano
Todos empadronarse allí debian;
La helada escarcha del invierno cano
Y el áspero camino que traian
Molestaba á la esposa inmaculada
Que caminaba siempre resignada.

XCV.

Al fin al declinar el quinto día
Tocaron la ciudad privilegiada,
Ciudad que siglos antes se creía
Para cuna de Cristo destinada:
Era tanta la gente que allí había
Que ya José sin encontrar posada
Y cansado de hallar tanto reproche
Salió á buscar donde pasar la noche.

XCVI.

Tomando entonces el primer sendero
Que el Dios del cielo presentó á su paso,
Se halló en el campo el pobre carpintero
Caminando sin rumbo en el ocaso.
Dios puso fin á su tormento fiero,
Porque á la tibia luz de un cielo raso,
Vió una gruta en el hueco de una peña
Y allí la Virgen se hospedó risueña.

XCVII.

Era la media noche: mil estrellas
Bordaban el azul del firmamento,
Las torcaces soñaban sus querellas,
Y era tranquilo el murmurar del viento.
La blanca luna con sus tibias huellas
Doraba el cicomoro corpulento,
Cuando en las pajas del establo inmundo
Nació El Divino Redentor del mundo.

XCVIII.

Era rey y su ilustre nacimiento
Sólo el buey y la mula saludaron;
Era Dios y en su humilde abatimiento
Solamente sus padres le adoraron;
Era dueño del vasto firmamento
Y un asilo los hombres le negaron:
Sobre paja reclina su cabeza
Quien á la tierra y mares dió grandeza.

XCIX.

Al despuntar la aurora en el Oriente,
Despertando á las aves y á las flores,
Llegaron ante el Niño Omnipotente
Multitud de zagalas y pastores;
Doblando alegres la sencilla frente
Le ofrecieron el dón de sus amores.
Y tornaron de nuevo á sus cabañas,
Por caminos de lilas y espadañas.

C.

Al sol octavo de su tierna vida
Circuncidaron al pequeño Niño,
Sangre primera por el bién vertida,
Raudal de amor, de gracia y de cariño;
Los ángeles cantaron la venida
De aquel cordero puro como armiño:
José le puso de JESÚS el nombre,
Que significa salvación del hombre.

CANTO X.

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS.

CI.

Entre tanto tres reyes del Oriente
Estudiando los astros encontraron
Una estrella tan grande y reluciente
Como nunca los sabios la soñaron;
Estrella que en el cielo refulgente,
Hasta entonces ningunos admiraron,
Estrella que segun las profecías
La venida anunciaba del MESIAS.

CII.

La ciudad de Seleucia una mañana
Vió, pues, salir con real magnificencia
Tres reyes que en brillante caravana
Iban del Niño Dios á la presencia.
Guiados por la estrella soberana
Ostentaban su lujo y opulencia,
Mas al llegar á la ciudad ruidosa
Se ocultó la viajera misteriosa.

CIII.

Se apoderó de su alma la tristeza
Y ante aquel contratiempo desmayaron,
Mas por su régia pompa y su grandeza
Hallar al hijo de Miriam pensaron:
Le buscaron del lujo en la riqueza,
Y así por Él á todos preguntaron,
Mas ninguno en Salém le conocía,
Y esto á los reyes Magos abatía.

CIV.

¿Dónde está preguntaban, dónde se halla
Ese Niño potente, á cuyo acento
Las ondas rugen, el Océano calla,
Braman las nubes, se encadena el viento?
¿Dónde nació quien todo lo avasalla,
Mares y tierra, estrellas, firmamento,
Quien tiene por palacio el cielo inmenso
Y por imperio el universo estenso?

CV.

Herodes, que esto supo, sin tardanza
Les hizo conducir á su presencia,
Y mil locos proyectos de venganza
Cruzaron por su mente con violencia.
Abrigaba una sórdida esperanza,
Y era matar al Santo por esencia.
Y así dijo á los reyes del Oriente:
Id y buscad al Dios Omnipotente.

CVI.

Y á la vuelta decidme dónde queda
Ese niño de siglos anunciado;
Para que yo, como vosotros, pueda
Rendirle adoración al Humanado.
Salieron, pués, tomando una vereda,
Por un valle de abetos coronado;
Y allí de nuevo apareció la estrella
Más brillante, más nítida, más bella.

CVII.

A la luz de sus pálidos fulgores
Miraron el portal abandonado,
Donde posó sus tibios resplandores
El astro de los Magos admirado:
En señal de respeto al Dios de amores
De sus plantas quitaron el calzado,
Reverenciaron su poder inmenso,
Y le ofrecieron oro, mirra, incienso.

CVIII.

Al salir, un espíritu divino.
Les reveló de Herodes el intento,
Y ellos luego cambiando de camino,
Volvieron á su país con gran contento.
La Esposa de José con rostro fino
De aquella escena veneró el portento,
Y á los Magos de Oriente agradecida
Les dió la paz del alma en despedida.

CANTO XI.

LA PURIFICACIÓN

CIX.

María por el cielo destinada
Para lavar la mancha del pecado,
Era tan pura, humilde y recatada
Como el pequeño nardo perfumado;
Era la gracia misma trasplantada
A la trirte mansión del desterrado;
Mas fué á purificarse complaciente,
A las humanas leyes obediente.

CX.

Cuando al templo llegó, llegó un anciano
Y tomando en sus brazos al Ungido,
Será, le dijo, por puñal tirano
Vuestro sensible corazón herido:
Ningún tormento ni dolor humano,
Que haya de conocerse ó conocido,
Igualará las penas de vuestra alma
Que del martirio alcanzará la palma.

CANTO XIII.

LA HUIDA Á EJIPTO

CXI.

Llegado apenas la familia hahía
De Nazareth á su pequeña casa,
Cuando un ángel del cielo descendía
Por entre nubes de luciente gasa:
Llegando á la morada de María.
Al lecho de José al instante pasa
"Huye, le dice, con Jesús á Egipto;
'Porque de muerte ha dádose un edicto."

CXII.

Corrió José, de pronto despertando
Al aposento de su casta esposa,
Y ella á su niño con dolor mirando
Le tomó entre sus brazos congojosa,
Al peso de la noche caminando
Inclinaba su frente cual la rosa
En su tallo se inclina entristecida,
Cuando se ve por la tormenta herida,

CXIII.

Aun era la estación de invierno frío
Cuando el pobre artesano caminaba,
Huyendo de aquel rey que tan impío
Del Niño Dios la muerte ambicionaba:
Del camino tomando el extravío,
Su aflicción por instantes aumentaba:
A cada paso en su terror veian
Escoltas de herodianos que venian.

CXIV.

Empero, al fin de tantos sufrimientos
Llegaron al destierro señalado,
A un corto pueblecillo que de intento
Para ocultarles pareció formado.
Allí á José faltándole sustento
Se vió como el más mísero obligado
A ganar un salario muy mezquino,
Siendo de jornalero su destino.

CXV.

En tanto Herodes viéndose burlado
Por los Magos de Oriente, se propuso
Sus afrentas vengar, porque cercado
De temores, hallábase confuso.
Pensó á los niños degollar y airado
Con tiránica furia lo dispuso,
Creyendo que en tan cruel carnicería
Sin remedio el Infante moriría.

CXVI.

Belén entonces contempló su suelo
Regado con la sangre belemita,
Madres desesperadas sin consuelo,
Alzando airadas espantosa grita.
Más de trescientos niños, ¡triste duelo!
Por orden del infame Escalonita,
Cayeron bajo el filo de la espada
Contra el rey de los cielos levantada.

CXVII.

¡Pueblo de Matarich! pueblo inocente,
Ramillete de lilas perfumado,
Blanquísima paloma del Oriente,
Concha de nâcar que ocultó al Increado:
Cinco abriles pasó el Omniporente
Por tus canoras aves arrullado,
Jugando de tus rosas en la alfombra,
Y de tus palmas á la fresca sombra.

CXVIII

¡Tú sus primeros pasos recibiste
Y sus primeras frases escuchaste,
En su amargo destierro le acojiste
Y en su suma pobreza le amparaste!
¡Quizá partir con sentimiento viste
A la humilde familia que abrigaste,
Cuando proscrita y sin ningun amigo
Halló á tus puertas bienhechor abrigo!

CANTO XIII.

MARÍA EN NAZARETH.

CXIX.

¡Salve á tí, Nazareth, joya preciosa
De la fértil y rica Palestina!
¡Ya está en tu suelo la fragante rosa
Donde el Sol de justicia se reclina!
¡Ya la estrella del mar con luz radiosa
Tus muros y tus campos ilumina!
¡Ya la paloma fugitiva, errante
Respira el aire de su patria amante!

CXX.

¡Cuán amargo es el pan del desterrado
Que llora lejos sus amados lares,
Que vive recordando en su pasado
Sus ensueños, sus trovas, sus cantares!
¡Y cuán bello á la luz del cielo amado
Olvidar del destierro los pesares!
¡Bendito amor de patria; Dios lo quiso,
Tú eres de cada sér el paraiso!

CXXI.

Así al llegar á Nazareth, María
Lágrimas dulces derramó su pecho:
Con qué trenura al despuntar el día
Vió al sol dorando su apacible techo.
Muerto Herodes á nadie le temía,
Estaba, pues, el huracán deshecho,
Bespiraba la aroma de las flores,
Y arrullaba al amor de los amores.

CXXII.

Siete años trascurrieron sin que nada
Turbar osase su tranquila vida:
Allí al abrigo de su madre amada
Jesús pasaba su niñez florida;
Mas al llegar la Páscua celebrada
Por Moisés y en su pueblo establecida,
Partió á Jerusalén el carpintero
Con la blanca paloma y el Cordero.

CXXIII.

Al terminar la Pascua se volvieron
Por distinto camino á su posada,
Y al hallarse sin su Hijo se sintieron
Con el alma de pena traspasada.
A buscar á Jesús luego volvieron
Llevando á todas partes su mirada,
Mas al tercer sol de sus dolores
Le hallaron predicando entre doctores.

CXXIV.

Fué este incidente la primera espina
Que el alma de Miriam llenó de abrojos,
Se entristeció su frente purpurina
Y comenzaron á llorar sus ojos,
Mas vuelta á Nazareth, como la ondina,
Del tibio sol á los colores rojos,
Recobró presto su apacible calma
Y á la paz de la vida abrió su alma.

CANTO IV.

MARÍA EN LAS PREDICACIONES DE JESÚS.

CXXV.

Pasó María diez y siete abriles,
Sin que nada alterase su existencia,
Como la fresca flor de los pensiles
Manando en torno perfumada esencia.
El candor de sus años juveniles
Matizaba la flor de su inocencia,
Era Jesús su celestial encanto
Porque le amaba con delirio santo.

CXXVI.

Veintinueve años el Señor tenía
Cuando á José le arrebató la muerte;
Lloró el Hijo de Dios, lloró María.
Ante el cadáver del anciano inerte.
Poco despues Jesús se despedía
De la bella Miriam, la mujer fuerte,
Que doblegada en su dolor profundo.
Lloraba ya la ingratitud del mundo.

CXXVII.

Aislada en su pequeña y pobre estancia
Sigue los pasos de su amado Hijo;
No hay para su alma tiempo ni distancia;
En él está su pensamiento fijo.
Admira su valor y su constancia,
Vé sus portentos con afán prolijo,
Le oye predicar con voz potente
Entre una inmensa multitud de gente.

CANTO XV.

EL CAMINO DEL GÓLGOTA.

CXXVIII.

Apenas ¡ay! la capital pisara
El Hijo del Eterno y de María,
Aún se escuchaba el grito y algazara
Con que el pueblo traidor le recibía,
Cuando volviendo á su Señor la cara,
La multitud que palmas le tendía,
Envidiosa mirando sus portentos
Meditaba su muerte y sus tormentos.

CXXIX.

Buscaba su ódio sanguinario y visto
El oportuno medio de prenderle,
Cuando Judas, discípulo de Cristo,
Por treinta siclos ofreció venderle.
De buenos sentimientos desprovisto,
Y á fin de que pudiesen conocerle
"Prended, les dijo, en un malvado exceso,
"Al que yo diere en la mejilla un beso,"

CXXX.

Era una noche: el viento perfumado
Los olivos de un huerto sacudía,
Y en el cielo de estrellas tachonado
Su blanca luz la luna despedía.
Allí estaba Jesús; y allí olvidado
Sudaba sangre y de dolor gemía;
Clamando al cielo con mortal tristura
"¡Aparta, aparta el cáliz de amargura!"

CXXXI.

En tanto los discípulos amados
A pocos pasos, en tranquilo sueño,
Pasaban los momentos que angustiados
Laceraban el alma de su sueño;
Al mirar á la turba de soldados
Que llevaba el traidor, con triste ceño
Los despertó diciendo en voz pausada:
"Despertad y venid, mi hora es llegada."

CXXXII.

Judas temblando á su Señor se llega,
"¡Dios te salve!" le dice, y con un beso
A la turba frenética le entrega,
Y al campo parte de inquietud opreso:
De un bosquecillo al fondo se replega,
Y allí mirando á su Señor ya preso
Inventa un nuevo crímen, se suicida,
Un lazo pone término á su vida.

CXXXIII.

Entre tanto Jesús, el inocente
Fué llevado por viles pretorianos,
Entre un tumulto de nefanda gente,
A la presencia vil de sus tiranos.
¡Que muera! gritan con furor demente;
Y Pilatos, lavándose las manos,
A la muerte de cruz ¡ay! le sentencia
Desoyendo la voz de su conciencia!...

CXXXIV.

Eran las once: el sol del medio día
Las arenas y piedras abrasaba
Cuando la bella y cándida María
Al encuentro de su Hijo caminaba.
Al escuchar la horrible vocería
Con que el pueblo judáico le mofaba,
Al ver sus labios cárdenos y rojos
Dos mares arancaron de sus ojos.

CXXXV.

Pero al ver las espinas en su frente
Más y más crece su acerada pena;
Quiere abrazar á su Hijo, que doliente
Pisa descalzo la caliente arena:
Sus agudos tormentos ella siente;
Lloran al verla Juán y Magdalena,
Sin poder mitigar la desventura
De aquella madre que el dolor apura.

CXXXVI.

Jesús camina con la cruz á cuestas
A la cumbre del Gólgota sangriento;
Y ella al medir sus escarpadas crestas
Añade á sus pesares un tormento:
Las palomas que arrullan en las siestas
Callan de su dolor al sentimiento,
Encierran las rosas sus corolas,
Enmudecen los vientos y las olas.

CXXXVII.

¡A dónde vas ¡oh Virgen sacrosanta!
Paloma gemidora del decierto,
Si ya falta la voz en tu garganta
Y está tu corazón de pena yerto?
Abrasa el sol tu delicada planta
Como á las rosas de olvidado huerto;
¿Que buscas en la cumbre de ese monte
A quien niega su luz el horizonte?

CXXXIII.

¡A dónde vas....? prosigues tu camino;
La escarpada montaña no te arredra:
Sigues á tu Hijo, á tu Jesús divino
Cual sigue al olmo delicada yedra:
Llorarás tu amarguísimo destino,
Sentada en la aspereza de una piedra,
Al pié del árbol donde Dios clemente
Redimirá con sangre al delincuente.

CANTO XVI.

AL PIE DE LA CRUZ.

CXXXIX.

Tres horas han pasado y ya pendiente
Jesús, del árbol de la cruz espira;
Lento camina el sol al occidente
Y trastornando el universo gira:
Tiembla la tierra, y la deicida gente
Azorada del monte se retira,
¡Ay! sólo quedan en tan triste escena
La Virgen Madre, Juán y Magdalena.

CXL

Sobre la dura roca se levanta
El lábaro sublime en que Dios hombre
Consuma la obra inconcebible y santa
Ante la cual no hay sér que no se asombre,
¡La última voz espira en su garganta....!
Todo há conclüido: ¡abnegación sin nombre!
Y áun mana de su pecho el agua pura
Con que redime Dios á la criatura.

CXLI.

¿Mas dónde está su madre, dónde se halla?
Con los ojos del alma verla quiero,
Y con ella llorar: callar si calla:
Y acompañarla en su tormento fiero.
La voz de mi conciencia no se calla;
Si en causar sus dolores fuí primero;
¡Ay! mucho aguarda un hijo de su madre,
¡Mucho por ella espera de su padre!

CXLII.

Como blanca azucena que marchita
Al peso se inclinó de la tormenta,
La Madre se halla de dolor presita,
Al pié del árbol que mirar intenta.
Es inmensa su pena, es infinita,
Cada instante que pasa la acrecienta,
Tuerce las manos; por su blanco cuello
En rizos sueltos baja su cabello.

CXLIII.

Su mirada se nubla de repente,
Deja caer sus brazos dolorida.
La abandonan las fuerzas, casi siente
Que vá á extinguirse su preciosa vida,
Parada allí sobre la roca ardiente
Por mil espadas de dolor herida
Entra en esa terrible, amarga calma
Que sigue siempre al estupor del alma..

CXLIV

No llora ya Miriam, porque en sus ojos
Las lágrimas ardientes se agotaron,
Sus labios, antes de claveles rojos,
Silenciosos y pálidos quedaron.
Ni una queja demanda y sin enojos
Medita los detalles que pasaron,
En el terrible drama del Calvario,
Por un pueblo deicida y temerario.

CXLV.

Vé la esponja terible que llevaron
En su rencor á su sedienta boca,
Los clavos que á la cruz le sujetaron
De su venganza en la algazara loca;
Todos los hechos ¡ay! que allí pasaron
Capaces de ablandar la dura roca,
Abren de nuevo la profunda herida,
Que abrió en su pecho la ciudad deicida

CXLVI.

Se acerca ya la noche ¡qué amargura!
No encuentra quien le baje del madero,
Ni tiene en su pobreza sepultura
Donde poner el cuerpo del Cordero.
Levanta al cielo su mirada pura,
Las manos junta en su tormento fiero,
¡Intenta hablar, pero la voz le falta,
Y una lágrima, al fin, su rostro esmalta....!

CXLVII.

Virgen de Nazareth, cese tu pena,
Antes que espire el sol en occidente
Tu yerta boca de amargura llena,
De tu Hijo santo besará la frente;
En tus brazos, blanquísima azucena,
Descansará el cadáver inocente,
Del que en tiernos arrullos y embelesos
Recibió tus caricias y tus besos.

CXLVIII.

Le mirarás, bellísima judía,
Le estrecharàs en tu amoroso seno,
Mas no ya hermoso como en otro día
Cuando su rostro te miró sereno.
Su frente besarás, pero ya fría,
Le mirarás, pero de heridas lleno,
No podrás apartar sus rizos de oro,
Aquellos rizos que eran tu tesoro....

CXLIX.

Al declinar la tarde le bajaron
Nicodemus y José de Arimatea,
Su santísimo cuerpo embalsamaron,
Ante la casta Virgen de Judea:
En un sepulcro nuevo le enterraron
Ya casi al espirar la luz febea:
Tendió la noche su enlutada gasa,
Y Miriam sola se volvió á su casa.

CANTO XVII.

SOLEDAD DE MARÍA.

CL.

Es la noche del viernes: todo calla,
Todo en silencio lúgubre se aduerme,
Oculta la crisálida en su malla
Al par del buitre y del condor se duerme.
El mar entre sus conchas se avasalla,
Las ondas giran con silencio inerme,
Ni el viento silba, ni susurra el aura,
Y hasta el mochuelo su velar resta

CLI.

De cuando en cuando triste y lastimero
Se oye á lo lejos en la verde parra,
El monótono canto plañidero
Que alza en las nieblas la locuaz chicharra
Aquel sopor del populacho artero,
Aquel silencio cual pesada barra,
Troca á Jerusalén en una tumba
Donde ni el viento de la noche zumba.

CLII.

La rosa plega su gentil capullo
Y en él oculta su exquisito aroma,
Se doblega la flor de garambullo
Entre las hojas de la verde poma.
La estrella de los campos, el cucuyo,
Se oculta en los zarzales de la loma;
La luna está velada por mil nubes
Y M[illegible]oran en el cielo los querubes.

CLIII.

La algazara cesó, cesó la grita,
Cesó el furor de la venganza loca;
Mas la sangre caliente aún palpita
En la calle, en el monte y en la roca.
Quizá en su sueño la ciudad maldita
Sólo fantasmas lívidos evoca;
Quizá por vez primera en su conciencia
Haya un Juez que la acusa y la sentencia.

CLIV.

Lúgubre está la noche y pavorosa
Cual si fuera sensible á tanto duelo,
Cual si quisiera compartir ansiosa
De su Reina el triste desconsuelo.
Alguna que otra lámpara dudosa
Ilumina la bóveda del cielo
Y ni ladra el mastín, ni en el papayo
Alza su canto el receloso gallo.

CLV.

Pálida María cual la blanca toca
Que cubre su bellísima garganta,
Ni una queja se exhala de su boca
En medio del dolor que la quebranta:
El nombre dulce de su amado invoca,
Cual si quisiera con ternura tanta,
Y al peso de su propio sentimiento,
Devolverle la vida, darle aliento.

CLVI.

Mil veces, mil en la siniestra calma
Besa de la corona los abrojos
Y se estremece cual herida palma
Y se llenan de lágrimas sus ojos.
Los clavos mira y desfallece su alma
Al encontrarlos cárdenos y rojos,
Teñidos con la sangre que inocente
En bien se derramó del delincuente.

CLVII.

Es una propensión propia, inherente
Del alma que acibiara la amargura,
Comparar el pasado y el presente
Combinar el dolor con la ventura:
Y es que la misma crez de lo que siente
La impele á su pesar, y la tortura
Coronando la hiel de sus dolores
Con sus perdidas y marchitas flores.

CLVIII.

Con el rostro escaldado por el llanto,
Y abrasada en recuerdos la memoria,
Pasa esa noche de mortal quebranto,
Terrible en los anales de su historia:
Cubierta con los pliegues de su manto,
A la luz escasísima y mortuoria,
Es cual estátua de dolor velada;
Pero dulce, tranquila y resignada.

CANTO XVIII.

TRÁNSITO DE MARÍA Y SU GLORIOSA ASUNCIÓN.

CLIX.

No es eterno el dolor, si eterno fuera
El campo de la vida segaría,
Y en pos de sí, con su guadaña fiera,
Corazones sin fin arrastraría.
Dios á su lado colocó la "espera"
Para que el alma de placer vacía,
Recuerde que el crisol de la desgracia,
Es para el cielo el áncora de gracia.

CLX.

Nadie como Miriam sufrió en el mundo,
Su martirio no tuvo semejanza
Fué su dolor tan hórrido y profundo
Cuanto lo humano à comprender no alcanza
Lucio Nerón en su reinado inmundo,
En su sed de esterminio y de venganza
No inventara tormento más terrible
Que el que rasgó su corazón sensible.

CLXI.

Mas destrozar no pudo su existencia
Porque aun era su vida necesaria;
Necesitaba el mundo su presencia
Cual necesita sol la pasionaria.
El triste paganismo en decadencia,
Como una débil planta parietaria,
Con la Iglesia naciente combatía
Y ésta quedaba á cargo de María.

CLXII.

Doce hombres humildísimos y oscuros,
Predicando en poblado y en desierto,
Tremolarán en los soberbios muros
El pendón de la Cruz, con paso cierto,
Con la fé del cristíanismo irán seguros
Y surcarán las aguas del Mar Muerto,
Para llevar la luz del cristianismo
Donde reinan las nieblas del abismo.

CLXIII

Como estaba predicho: al tercer día
Resusitó Jesús: cuarenta auroras
Aún en la tierra le miró María;
¡Cuán rápidas le fueron esas horas!
Una aurora despues, dulce armonía
Alzaban los pinzones en las morras;
Cuando Jesús abandonando el suelo
En una nube remontóse al cielo,

CLXIV.

Miriam ya sola retiróse á Efeso,
Ciudad hermosa, productiva, amena,
A quien manda el Abril su eterno beso,
Y en donde Febo su fulgor serena.
Con el recuerdo de su Dios impreso,
Allí murió la tierna Magdalena,
La dulce compañera de María,
En su amargo dolor y en su alegría.

CLXV.

Cuatro lustros despues la Hija de Ana,
Mirando que su fin era llegado,
Tornó á Jerusalén una mañana
Con rostro alegre y paso apresurado;
Visitó aquella tierra que inhumana
Se empapó con la sángre de su amado;
Se retiró despues á su aposento
Y murió sin dolor ni sentimiento.

CLXVI.

Su muerte fué tan sólo un dulce sueño
Que la arrancó del polvo de la tierra,
Para llevarla á un mundo que risueño
Felicidad interminable encierra.
A su semblante pálido, halagüeño
Faltábale esa lividez que aterra:
Rodeaban los apóstoles su lecho
Exhalando mil ayes de su pecho.

CLXVII.

Allí estaba su maestra y consultora,
Su tierna madre, su sostén, su guía,
Su santa Providencia, su señora,
La estrella que sus pasos dirigía.
¡Llorad! también el universo llora,
De pena el mundo, el cielo de alegría:
Cumplida su misión parte á la gloria;
Pero os queda su amparo y su memoria.
. . . . . .

CLXVIII.

Tiende sus blancas alas la gaviota
Y se mece el faisán sobre las hayas,
El cardenal horada la bellota
Y chupa el colibrí las flores gayas.
Aquí y allá sobre las ondas flota
Dejando estelas de lucientes rayas
La caprichosa quilla de un navío
O el ligero bajel que surca el río

CLXIX.

Se oyen conciertos de cadencia suaves
En los espesos bosques de castaños,
Allí se agrupan las cantoras aves
Del florido ramaja en los escaños;
Se alzan los estanovos siempre graves,
Balan en sus majadas los rebaños;
El viento matinal con las rosas juega
Y el sándalo y canelo el Gánges riega.

CLXX.

Allá en el cielo brillan á porfía
Las nítidas estrellas rutilantes:
Luce Gabriel su rica pedrería,
Y su blanco penacho de brillantes.
El príncipe Miguel con hidalguía
Su estandarte empuñando de diamantes,
Se halla al frente de lindos serafines.
De ángeles y gallardos querubines.

CLXXI.

Vírgenes mil en armonioso coro
Se miran entre el humo del incienso;
Brillan las margaritas, brilla el oro
En ese mar de estrellas, mar inmenso.
El trono del Señor cual un meteoro,
Entre globos de luz y azul intenso,
Cercado de celestes batallones,
Brilla entre mil cristales y crespones.

CLXXII.

¿Quién sube de la tierra al alto cielo
Entre músicas mil y mil cantares,
En su frente ondulando blanco velo
Coronada de estrellas á millares?
¿Por qué detiene el águila su vuelo
Y su cáliz inclinan los azahares?
¿Por qué dulce placer do quier se exhala
Y cielo, tierra y mar visten de gala?

CLXXIII.

Allá donde la vista se dilata,
En el océano azul del horizonte,
Se vé una nube de carmín y plata
Dominando el collado, el valle, el monte:
El mar en sus cristales le retrata,
Trina al mirarla el tímido sinsonte:
Es el puro dosel en que se eleva
La Virgen Madre la moderna Eva.

CLXXIV.

Entre los rizos de oro de su frente
De sus pupilas el fulgor destella;
El querube la mira sonriente
Y besa el serafín su planta bella,
Al coronarla el Dios Omnipotente
De sus virtudes la grandeza sella;
"Sube, le dice, al trono de tu padre,
"Hija á un tiempo de Dios, esposa y madre,

CLXXV.

"Ven, mi amiga, mi amada, mi paloma,
"La inmensidad del cielo es tu palacio:
"Reinarás en el monte y en la loma,
"En el mar, en la tierra, en el espacio;
"Las frescas flores te darán su aroma,
"De pedestal te servirá el topacio;
"De polo á polo ensalzarán tu nombre
"Porque serás la salvación del hombre."

CLXXVI.

¡Oh mi madre, mi Reina, mi Señora,
Vuelve hácia mí tus celestiales ojos,
Yo invocaré tu nombre hora tras hora
Con la cristiana fé, puesta de hinojos!
En la noche de mí alma sé la aurora,
Sé tú el Oriente de celajes rojos,
Que me dé luz, resignación y calma
Para que vuelva á tu regazo mi alma.

Ave María.

Dios te salve, castísima María
Humildísima y cándida violeta,
Dios te salve, Señora y Reina mía,
Del hemisferio luminar planeta.
Dios te salve, consuelo del que llora,
Ardientísima fé del cristianismo.
Esperanza del alma que te implora
Terror y abatimiento del abismo.
Dios te salve blanquísima paloma,
A quien el cielo embelesado admira,
Fragante lírio de exquisito aroma,
Espejo terso donde Dios se mira.
Dios te salve, fresquísima palmera,
A cuya sombra descansó el Ungido,
Aromática flor de primavera,
Puerto de salvación del oprimido.
Dios te salve, preciosa sensitiva
Fecundo manantial que el orbe bañas,
De quien brotó la fuente de agua viva
Que fertiliza valles y montañas.

Dios te salve, María ¡dulce nombre!
Más dulce que el almíbar de las cañas,
Refugio, Madre, salvación del hombre,
Dulce esperanza con que tierna bañas.
Llena tu eres de gracia, Virgen pía,
Lo pregonan la tierra, cielo y mares:
"Qué bella eres, mi bién, amada mía"
Te dice el mismo Dios en sus cantares.
"Qué graciosa es tu expléndida hermosura,
"En tí no se halla mancha de pecado,"
Tierno es tu corazón y tu alma pura,
Cual la del mismo sér que te ha formado.
El Señor es contigo: ¿dónde se halla
Una grandeza igual á tu grandeza;
Si la luna à tus plantas se avasalla
Y adornan las estrellas tu cabeza?
¿Quién como tú su victoriosa planta
Ha llevado al imperio del abismo?
¿Quién su estandarte como tú levanta
De polo á polo y en el cielo mismo?
El Señor es contigo: eses más fuerte
Que las altas pirámides de Egipto,
En tí el Señor depositó la suerte
De un pueblo ingrato, mísero y proscrito.

¡Bendita tú, entre todas las mujeres,
Vaso de castidad, árbol fecundo,
¡Bendita tú que la humildad prefieres
A la soberbia vanidad del mundo!

¡Bendita tú que nunca te manchaste
Con el polvo liviano de la tierra!
Bendita tú que la cerviz hollaste
Del que al hombre jurara eterna guerra.

¡Bendita tú de santidad perfume,
Bendito el fruto de tu vientre casto,
Bendito mi Jesús que en tí reasume
Toda la gloria de su imperio vasto!

Santa María.

Santa María, Madre del Eterno,
Madre del Dios omnipotente y sábio;
Abro mi tosco y angustiado labio
Para invocar tu corazón materno.

¿Por qué à quién sino á tí divina Madre,
Confiaré las angustias de mi pecho,
Quién tiene á mi confianza más derecho
Que la Hija tiernísima del Padre?

¿A quién si no es á tí la bondad suma,
Podrá decir mi corazón, Señora,
Ese incesante afán que le devora,
Esa inquietud eterna que le abruma?

¿Quién sino tú, la ilustre medianera,
Entre el cielo y la tierra, Dios y el hombre,
Interponiendo su grandioso nombre
Revocará la suerte que me espera?

¿Quién me guiará en los bastos arenales
En que zozobra mi tranquila calma?
Si tú no miras por la paz de mi alma

¿Donde remedio buscaré à mis males?
Madre santa de Dios, Madre querida,
A quien he amado desde muy pequeña,
Si vuelves hácia mí tu faz risueña,
Todo lo espero en mi azarosa vida.

Si tú te dueles de mi triste suerte
Y me dirijes tu mirada franca,
Si estiendes hácia mí tu mano blanca
No temo nada, ni á la misma muerte:

Madre del Hacedor, yo en tí confío
Como el marino en su velera nave;
Tú eres del cielo la preciosa llave,
Sálvame, Virgen, por tu nombre pío!

Bién sé que tus bondades no merezco
Y que he pecado llena de cinismo,
Mas sàlvame, te ruego, del abismo
En que arrastrada por mi mal perezco.

Ruega por mí al Eterno, Madre mía,
Dile que soy la oveja descarriada,
Que vuelve arrepentida y humillada
Tras el único bién que poseía.

Dile que loca abandoné el camino
Que me marcó en el Gólgota sangriento,
Que desoí su celestial acento
Por escuchar la voz del desatino.

Díle que ciega me arrojé al torrente
De loca vanidad y orgullo necio,
Que ví su santo ejemplo con desprecio
Y que su ley atropeyé demente.

Màs dí también à mi favor se abone
Su sangre derramada en el Calvario;
Y si fuere, Señora, necesario
Ruégale por tu amor que me perdone

!Oh dulce Madre! muestra tu clemencia
A la raza de Adán envilecida;
Tú la moderna Esthér, fuente de vida,
Aparta de tu pueblo la sentencia.

Recuerda que Jesús en su agonía
La Madre te llamó de sus hermanos:
Extiende, pues, tus sacrosantas manos
Sobre todos tus hijos, Madre mía.

Y al salir de esta vida transitoria,
En el amargo instante de la muerte,
Haz que nos toque la dichosa suerte
De ir á gozarte á la suprema gloria.

INDICE.

	PÁGS.
Censura y aprobación.....	5
Dos palabras.....	7
Dedicatoria.....	11
Invocación:.....	13
Canto I.—La Concepción de María...	18
Canto II.—Nacimiento de María.....	26
Canto III.—La Presentación.....	33
Canto IV.—María en el templo.....	37
Canto V.—Matrimonio de María.....	42
Canto VI.—La Anunciación.....	48
Canto VII.—La visitación.....	58
Canto VIII.—La vuelta de Hebrón.	63
Canto IX.—Nacimiento del Mesías...	66
Canto X.—La adoración de los Magos	71
Canto XI.—La Purificación.....	76
Canto XII.—La huida á Egipto.....	78
Canto XIII.—María en Nazareth...	83
Canto XIV.—María en las predicaciones de Jesús.....	87
Canto XV.—El camino del Gólgota.	89
Canto XVI.—Al pié de la cruz.....	95
Canto XVII.—Soledad de María....	101
Canto XVIII.—Tránsito de María y su gloriosa Asunción.....	106
Ave María.....	116
Santa María.....	119

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

IFCC 636

BT609 FEVT
B3 —
40727

AUTOR
BARRAGAN DE TOSCANO, Refugio

TITULO
La hija de Nazareth